

Prólogo: La Nana de los Muertos

No me busquen en las oraciones. No pronuncien mi nombre en iglesias donde la madera todavía huele a incienso y arrepentimiento. Su Dios me dio la espalda en una plaza bañada en hierro y grasa en 1820, y desde entonces comprendí que el cielo no es techo, sino distancia.

Ustedes creen conocer el dolor porque han perdido cosas pequeñas: un amor que se enfría, un padre que envejece, un hijo que se marcha. Confunden la tristeza con el abismo. No saben lo que es escuchar el crujido de los huesos de tu propia sangre mientras el sol ilumina la ejecución como si fuera una fiesta.

Yo lo escuché.

Escuché el sonido húmedo del hierro atravesando carne que llevaba mi apellido. Vi el polvo levantarse bajo los pies de quienes celebraban. Sentí el olor agrio del miedo mezclado con la grasa quemada de la fe. Ese día no murió solo mi familia. Murió el mundo.

Aurelia no nació vieja. No nació sombra. No nació grieta. Fue madre. Fue abuela. Fue carne tibia que abrazaba. Hasta que el Ángel del Abismo decidió que mi estirpe debía ser triturada para alimentar la maquinaria sagrada de los hombres.

Ese día entendí que la fe puede ser más cruel que el hambre.

Cuando el último cuerpo quedó balanceándose como muñeco roto bajo el sol, algo dentro de mí dejó de pedir misericordia. La plegaria se convirtió en escupitajo. El llanto se convirtió en silencio. Y el silencio... en decisión.

No me consumió el demonio. Me consumió la certeza.

La certeza de que si el cielo podía mirar sin intervenir, entonces yo también podía mirar sin perdonar.

Me llaman la viejita. Me llaman la nana. Me susurran con miedo en los pasillos de *Asturias* 253 como si el miedo fuera una muralla. No comprenden que el miedo es puerta. Es rendija. Es la humedad por donde penetra la raíz.

Entré en su departamento no como invasión, sino como costumbre. Serví té de hierbas con manos que ya no temblaban. Peiné cabellos infantiles con dedos que habían tocado la muerte. Canté canciones suaves mientras sembraba en sus habitaciones una oscuridad que crecía sin ruido.

Nunca busqué redención. La redención es una fantasía que se cuentan quienes aún creen que el equilibrio puede restaurarse con lágrimas. Yo no busco perdón. Busco compensación.

Si el mundo decidió que mi linaje debía sangrar para sostener una doctrina, entonces el mundo entero debe aprender el sabor de esa sangre.

No actúo por capricho. Actúo por simetría.

Cada vela que apago es una balanza que se corrige. Cada respiración que se corta en la noche es un recuerdo que se devuelve. Cada sombra que se arrastra por sus techos es la prolongación de aquella plaza donde el hierro dictó sentencia.

Ustedes no me temen por lo que soy. Me temen porque intuyen que lo que me hizo existir puede repetirse.

No soy monstruo. Soy consecuencia.

Soy la grieta que dejaron abierta en 1820.

Soy la madre que entendió demasiado tarde que el cielo no protege, solo observa.

Y ahora observo yo.

Esto no es una historia de fantasmas. Es un testamento. La destrucción narrada por quien fue destruida primero. No me tengan lástima. La lástima es un lujo de los intactos.

Guarden su compasión para el instante en que despierten y sientan mis manos frías rodeando su cuello, no por odio, sino por memoria.

Bienvenidos no a mi infierno..., sino al equilibrio.

Pasen.

Dejen su esperanza en la puerta.

Aquí solo se entra con la certeza de que todo lo que aman puede ser reducido al mismo silencio que me impusieron.

Y cuando crean que la historia termina, recuerden: yo no desaparecí en 1820.

Solo aprendí a esperar.

“Nimitzcuā in moyōllōtl īpan tlayohualli. Nimitztlatlauhtia in Mictlāntēcutli īhuān Mictecacīhuatl. Nehuātl nēci in tlayohualli.”

Mā iuh mochīhua

“Devoro tu alma en las tinieblas. Les suplico a los señores del inframundo.

Yo soy la oscuridad que se manifiesta.”

Qué así sea.

Malinalli
(1752 – 1820)